



EL SENTIR
DE LOS SENTIDOS

Nuria Cándida Guerrero Cantudo

EL SENTIR
DE LOS SENTIDOS



Primera edición: junio de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Nuria Cándida Guerrero Cantudo

ISBN: 978-84-19340-80-1

ISBN digital: 978-84-19340-81-8

Depósito legal: M-17256-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Esta novela es verídica, es real, fue confeccionada paso a paso por un hombre que vivió en sus propias carnes la atrocidad de la Segunda Guerra Mundial. Él quiso que yo la contara en estas páginas para que se conociera la verdadera intención de los pensantes de esta contienda. Una misión que no era otra que acabar con el sentir de los sentidos, hasta el extremo más inhumano. No lo consiguieron, porque la existencia y la vida llevan implícito en cada uno de nosotros la verdad en sí misma y el verdadero amor, y, por lo tanto, no se puede emular ni aniquilar.

Este libro va dedicado a todas aquellas personas que dieron la vida por el verdadero amor, la verdadera lealtad, la verdadera justicia y la verdadera humanidad. Para todos los que viven desde el corazón y la conciencia.

Este mundo está diseñado a la perfección para la dominación y la crueldad.

Los habitantes de esta tierra son ignorantes, manipulables y débiles. Se someten y creen al más fuerte. Aceptan al que actúa desde el poder; desde la cúspide, desde la inteligencia y el conocimiento más elevado y rebuscado. Se confía en ellos ciegamente.

Los habitantes de esta tierra son seguidores y se venden a los mismos poderosos que han diseñado el plan perfecto, de su total destrucción; sin que lo vean, lo noten y se perciba. El fin último de los más poderosos, de los más fuertes, de los mismos que ostentan y han ostentado el poder, es ocultar a la perfección sus maquiavélicos intereses. Esa es su verdadera cara.

Con su astucia, con su arte de mentir y engañar, siempre consiguen sus propósitos y salen victoriosos; sin ninguna mancha comprobable y detectable socialmente de sus actuaciones. Sin ninguna responsabilidad.

Esto es así porque hacen que los actos los realicen otros y ellos sean en último término, los causantes de las injusticias y los males. Siempre salen impolutos.

Solo tienen que arrojar la piedra y esconder la mano y si existe algún culpable, siempre es otra persona.

El que tiene la fuerza y el poder tiene como único fin la supremacía, el dominio, el sometimiento, el control, la posesión y la coacción. No solo de las masas, sino de sus propios familiares, hijos, hermanos y de cada uno de los habitantes de este mundo. Entrar

en el grupo que maneja el poder, sea en la situación que sea, supone ostentar las voluntades de todos, incluidas las de tus propios compañeros, hacedores de su magnífica y maligna creación.

Es sin lugar a dudas, la posesión más absoluta, urdida desde las pasiones más bajas de la humanidad para dictaminar el futuro del hombre y su aniquilación. Es la posesión oculta perfecta: la que está a la vista de todos, todos las dan por asumidas y aceptadas y sus verdaderas intenciones malignas no son perceptibles. Sí, es la misma manipulación la que hace que sus víctimas, los de las clases más inferiores, les otorguen y les ofrezcan ese sometimiento, ese control y ese estatus de supremacía abiertamente. El motivo es que creen en sus palabras, creen en lo que se les está vendiendo y lo demás son solo mentiras que no van con ellos. Esas mismas personas son las que confían en la preparación y en la sabiduría de los que quieren dominar la existencia y por estos motivos, creen en todas sus leyes promulgadas.

Son creyentes de ese humo negro que va directamente a su corazón y espíritu máspreciado. Ese espíritu que ya está manipulado y que, engañado, ha aceptado participar en la programación de los poderosos, sin ser consciente de que ha sido vencido por la manipulación más sutil y perversa. No saben que ahora, se han convertido en sus súbditos y en los cómplices de su plan. Y que se han perdido completamente de su camino.

Los humanos son creados y diseñados por los más poderosos, son guiados paso a paso para que piensen, actúen, sientan y crean que están haciendo lo correcto cuando realmente; están siendo guiados sin saberlo, a las crueldades más ocultas del hombre y con ellas su perdición.

Esa misma crueldad que, vendida socialmente con buenos propósitos, hace que la sociedad se pierda por un laberinto sin salida,

creado y diseñado por los que realmente dominan al mundo y que ha sido elaborada desde la maldad más extrema y despiadada, para enfrentar y dividir. Es el organigrama social diseñado y elaborado por los mismos que han dictaminado su estructura, su diseño, sus creencias, sus leyes, su educación, su economía y sus relaciones personales e interpersonales. Los mismos que han diseñado su forma de pensar y de sentir; incluso de actuar.

Los humanos son predecibles y demasiado confiados. Creen en las palabras, en las buenas palabras del otro, y no se dan cuenta de que estas están llenas de mentiras, falsedades e intereses egoístas ocultos. Lo más fácil para engañar es mostrar un amor irreal, los humanos no identifican la maldad en ese acto, por confianza ciega.

Hay que mostrarles su misma medicina para que terminen comiendo de la mano, confíen y se les pueda alienar. Ese es el público más fácil de manipular, los que han nacido en esta tierra con un amor real y otorgan la libertad y el respeto de las actuaciones y el libre albedrío del otro. Su buena fe, su confianza y su ausencia de maldad para sí mismo y para el otro; le hace creer y entregarse, porque no existe el peligro ni la mala voluntad en estas personas y menos, que provenga de un círculo conocido como su propia familia, sus propios hijos, sus propias parejas y, mucho menos, tan preparado como la clase política o religiosa.

Abí está el blanco perfecto, porque lo que no saben es que, en esta sociedad, montada como está montada, no existe la libertad de movimiento, el libre albedrío, los buenos sentimientos están completamente invertidos y confundidos. Los sentimientos están elaborados por el propio sistema, junto a las más crudas pasiones del ser vivo, esto es una realidad. Las ejecutamos, vivimos y padecemos diariamente. El amor te hace libre y te respeta, te

hace crecer y no te pone obstáculos en tus derechos innatos como ser vivo.

Todo cuanto es el amor actualmente, se ha quedado en un segundo plano porque no se ejercita desde el mismo corazón de forma incondicional. Y, aunque está en nosotros, es inexistente en este sistema que es el mundo; hoy en día.

Se dice que la intención es lo que cuenta, pero no es cierto, cuentan los intereses de los que ostentan el poder y el futuro del pueblo. A ellos no les interesan las acciones verdaderas, las que, aun perjudicándoles, las realizan por humanidad y amor. Siempre piden algo a cambio o lo realizan por un interés; más propio que ajeno, si no, no pedirían ni reclamarían nada. Las acciones verdaderas, la humanidad y el amor verdadero se han olvidado en este mundo, solo hacen buenos actos para justificar el dinero que recaudan y se llevan, frente a los más oprimidos y para vender su superioridad frente al mundo y su buen hacer, su dominación total de la vida. Y siempre, reciben más del doble a cambio. Los actos que hacen son una pantomima. Así, incluso, intentan limpiar lo que llaman conciencia y así, de paso, se quitan de un golpe todo lo que socialmente está catalogado como mal.

Los que dominan el poder saben que todo lo del espíritu se perdona. Que con la divinidad no hay problemas, por muy mal que se comporten siempre están perdonados. Porque ellos, son los amos del mundo, son los que lo dirigen y pueden hacer todo lo que se les antoje. Da igual las víctimas y las consecuencias; mientras queden bien ellos y se mantengan dónde están y no les descubran.

Cuando las personas que dominan el arte del engaño y la manipulación actúan, lo hacen desde su lado más oscuro, desde la maldad más absoluta y desde la mala fe porque la dominación no

es luz, no es libertad, no es respeto, no es compartir y sobre todo no es amar.

Los que dominan, coaccionan, poseen y tienen el control sobre el resto; lo ejecutan con convencimiento de causa, son totalmente conscientes de lo que hacen, forma parte de su aprendizaje que se repite sin cesar. Todos sin saberlo, han dado su consentimiento y su último objetivo no es otro que seguir esos pasos para estar en el estamento dominante y más elevado. Los fuertes y los poderosos saben que así, obtienen el camino de la victoria en la sociedad, en esta tierra. Un lugar creado por la manipulación más despiadada y cruel donde solo existe el egoísmo y el enriquecimiento propio, la avaricia. Solo existe el conflicto, las desigualdades, las guerras, las devastaciones globales y nada más. Un lugar donde olvidan siempre a los más desfavorecidos y solo mantienen temporalmente su ayuda para, después; dejarlos igual o incluso peor, y reclamar más tarde, como un derecho, el esfuerzo dado. Cuando el dinero, la riqueza... son un esfuerzo de todos.

Eso son parches, no son soluciones. Eso es egoísmo y ser avaro. Eso es ser un ser despiadado. Ha ocurrido y sigue ocurriendo.

Los dominadores, los que dominan la manipulación de las conciencias saben lo que hacen, hacia donde van y hacia dónde dirigen al mundo. Desde que el hombre tiene conciencia ha sido así y sus tácticas han sido las mismas; solo que ahora se han perfeccionado con los siglos. Ellos siempre han triunfado y han conseguido sus objetivos y lo han hecho. Cueste a quien le cueste, y muera quien muera, lo siguen haciendo. Lo peor de todo esto, es que llevan a la sociedad al fracaso, a la confrontación, al odio, al antisemitismo, al racismo, a justificar matar a una persona en la guerra o por ideología, por creencias o por pensar que poseen la verdad absoluta y suprema.

Llevar a la sociedad a la agonía por los tributos que hay que pagar, por la situación injusta de los países y el abusivo sistema político y social que sigue siendo la ley del embudo. El diseño de esta tierra, maquillada con buenas intenciones, voluntades y propósitos; no es otro que el de poseerlo todo y dominarlo, incluido a la población total.

Sigue predominando el conflicto de intereses frente al amor, frente al bienestar general de todo ser viviente.

Su objetivo es conseguir y ser el centro neurálgico de las cabezas de las masas. Hay que aniquilar y hacerse con el control de la parte más pura de las personas. Acabar con la inocencia, la ilusión, la alegría, la independencia y libertad individual y colectiva y, sobre todo, su espiritualidad, su amor. Destrozar esa pureza, ese amor y esa luz es su primer objetivo.

Para los que tienen el poder, que una persona tenga esa luz y ese amor es peligroso porque les hace ver la verdad y tener conciencia del mundo real, hace cuestionarse las cosas y pensar. Y que la gente piense no es bueno; porque es más difícil someterla y dominarla. Las personas pensantes, con juicio, son personas que se rebelan con facilidad y son las más difíciles de dominar, poseer y engañar. Eso para los artífices de esta falacia, no se puede permitir ni dar en su mundo creado porque está en riesgo que los descubran, no hay que dejar opción a que ese colectivo débil e inferior pueda descubrir esa manipulación y así verlos, ver sus verdaderos propósitos y denunciar sus verdaderas caras, sus verdaderas intenciones. Su astuta creación y todo su plan malintencionado estaría en grave peligro. Para los aristócratas, los líderes ideológicos, la burguesía, instaurados en el poder, ese tipo de personas no conviene porque pondría en peligro su plan y el que se teje oculto en las esferas que mueven a la sociedad,

a todo este sistema creado y urdido; incluidos los que dicen ayudar y estar fuera del sistema.

El fin último de los manipuladores, de su oscuridad compinchada con su maldad es que toda persona con raciocinio, discernimiento y claridad mental y espiritual se pierda. Las personas no tienen que tener tiempo para pensar y sentir por sí mismos, si lo hacen; ellos los hegemónicos, estarían perdidos. Y lo que es peor, perderían seguidores y almas que ya estarían libres de caer en sus garras. Hay que atacarles desde el dolor, el miedo, la ira, el odio, hay que educarles desde la venganza, la competitividad, el territorialismo, el terrorismo, las masacres, las guerras, la desigualdad, la enfermedad y hay que trabajar sus mentes para que se vean y crean indignos, despreciables y sucios frente a sus iguales. Así perderán el poco amor con el que nacieron y su inocencia. Son herramientas a las que no están acostumbrados, que desconocen y es donde se tiene asegurada la victoria. A esas personas hay que trabajarlas emocional y psicológicamente, hay que manipularles la mente hasta el punto de que su clarividencia y verdad, queden desacreditadas en la sociedad, que sea inexistente, sin que quede prueba, de que están en lo cierto, la verdadera verdad nunca se puede descubrir. Sus palabras tienen que resultar locuras ante la sociedad y hay que convertir sus mensajes en blasfemias. Y para llevar a cabo ese propósito que mejor que difamarlos, excluirlos de la sociedad y rechazarlos. Persona non grata, así se acaba con el peligro radicalmente y asunto zanjado desde la raíz. Sabiendo en el fondo, que en ese cupo también existen infiltrados para perder aún más a esos seres. Ellos, con su buena parla, son los peores.

Muy bien lo saben y lo ponen en la práctica desde los medios masivos para que puedan manipular la mente, los sentimientos, las

emociones, los hechos y las palabras de multitud de seguidores. Unos medios masivos que siempre han estado controlados desde el poder. Y un poder, al servicio de las pasiones más oscuras de la vida.

Y, finalmente, y si todo lo anteriormente mencionado no tiene efecto, habría que humillarlos públicamente, amenazar a sus familias y a sus hijos e incluso darles muerte individual y colectivamente, hay que exterminarlos, asesinarlos, encaminarlos al suicidio, para que todo lo dominemos nosotros. Y qué mejor forma que con leyes que apoyen nuestros actos y con espías, fieles a los más poderosos que los delaten y los traicionen para luego, acabar con sus vidas; de la forma que sea y con los medios, que sean necesarios. Todo vale con tal de mantenernos en el control, en el sometimiento, en el dominio y en la posesión.

Los que se mueven con esa ambición de poder y son artífices de su manipulación para engañar a los demás, quieren que los sabios y los no tan sabios se pierdan, que no anden y que no actúen por su propio pie. Que no sientan por sí mismos.

Su propósito para conseguirlo es convertirlos en los autores y responsables de todo su plan y publicitar su comportamiento ante la sociedad, pero como el origen del mal social, de los conflictos y problemas que hay que atajar y solucionar para el bien global y colectivo.

Los que alzan la voz contra el sistema, que no se cambia desde hace siglos, se han convertido en las piezas de ajedrez necesarias para que caiga en sus espaldas toda la desarmonía y los problemas que hay que quitar de la sociedad y sean incluso también, los autores de esta perdición global.

Se han convertido en el justificante perfecto y necesario para el empleo de su fuerza y de su poder; para urdir las tramas de traición

que culminan con crímenes encubiertos, con envenenamientos, con suicidios. Así tienen justificado su plan y el empleo ilegítimo de su fuerza.

Ser rebelde y poseer un amor real es ir contra su sistema, es inaceptable. Los lúcidos se han convertido en los causantes de los problemas de la sociedad. Nadie los verá como víctimas inocentes del engaño, solo como los artífices y los responsables de todos sus males y en último término, de todos los actos ocultos malintencionados, del empleo de su fuerza, de su poder y su dominio.

Esas víctimas, esos culpables, son las mismas personas que siempre les han seguido, que les han creído y que han visto como bueno, incluso para ellos mismos, sus propósitos y actos para el bien común gracias a la manipulación. Los mismos que aplaudían sus buenas y estudiadas intenciones. Ahora incluso, los miembros de la familia los rechazan acusándoles, traicionándoles, por unas cuantas monedas, por avaricia. Por riqueza y poder. Un poder y riqueza que han sido los causantes de que ejecuten, asesinen y se suiciden muchas personas y que ha dado lugar a todas las desigualdades sociales. Ese poder y esa riqueza han sido los orígenes de las mismas clases sociales, creadas para la desigualdad y el sometimiento, para la agonía y la muerte del más vulnerable y necesitado, no tienen otro fin. Esto, esto último, parece que el humano no lo aprende nunca. Y el motivo, es que las personas que apoyan a los dominantes prefieren mirar hacia otro lado y no verse como copartícipes en sociedad de esa atrocidad creada por todos. Pues miren de frente o no, la verdad es la verdad y los autores reales son los únicos responsables, y el resto es cómplice también, por no hacer nada por temor y pánico. Por seguir el mismo camino trazado y permitir que se herede de generación en generación esta situación, por mucho que pasen los tiempos.

Esa herencia está manipulada para que las nuevas generaciones carguen con un peso, una responsabilidad y una culpabilidad que no les corresponde. La herencia también está dominada por los dominantes y posesivos. Ahora en las víctimas engañadas, en su creencia ciega e interesada que han apoyado, está ahora su destrucción. Una aniquilación en la que los dominantes actúan como aves de rapiña hacia su presa. En sus mismos ídolos sociales, económicos y políticos y en los referentes sociales, de cualquier índole, está ahora el origen de su situación social, de su sufrimiento y de su agonía, de su aislamiento en la sociedad. Ahora se han quedado solos, marginados de la sociedad, sin apoyo. Han pasado a ser peones directos de este juego de rol sin que se percataran en absoluto.

Ahora nadie ve lo que ellos ven con tanta evidencia, cuando han sido acusados encima de traición. Han sido juzgados injustamente por el resto de sus clases y culpabilizados de una estrategia cuyo origen parte de las mismas personas que dictaminan el camino de su tierra, los mismos hacedores y responsables últimos. Pero nadie lo ve ahora, cuando han sido señalados, humillados y excluidos del sistema. Nadie puede ver en sus carnes el resultado final que han tenido estas personas y ver que será el mismo destino que padecerán, participen o no. Nadie lo ve; cuando ya no son nadie, cuando han perdido su credibilidad, su estatus, cuando han perdido su trabajo, sus amistades y su salud personal y no encuentran el apoyo de nadie. Y la misma suerte correrá al que se le ocurra salir del sistema trazado.

Por eso nadie hace nada nunca, porque la oscuridad es tan profunda que incluso temen aparecer muertos, en solitario o en colectividad. Ese terror creado por los poderosos es el causante de que nadie haga nada y bien que lo saben, porque tienen la certeza de

que eso no se ve con tanta claridad y evidencia que su manipulación, y si se ve no tendrán pruebas físicas, fehacientes para que se compruebe. Ellos mismos se han encargado de destruir cualquier huella de sus actos.

Ahora esas personas que han sido partícipes de su juego; tienen que cargar con sus propios actos y, además, la responsabilidad de toda la sociedad que los califican de problemáticos y traidores. Sin olvidar los crímenes sin justificar que se producen.

Tan solo con el hambre, hay suficiente para lamentarse, sin contar con lo que ya es evidente.

Ahora como inocentes, como víctimas directas de este plan se dan cuenta de la manipulación, de la confianza ciega que han depositado en sus dirigentes, de su total ignorancia. Y es demasiado tarde, porque no cuentan ya con la credibilidad social. Les han ganado la batalla. Ya han perdido su claridad, su intelecto, su conciencia sin saberlo, ni notarlo y están a su servicio.

Se han prestado a eso porque encima no tienen opción ni elección porque el diseño político, religioso y económico está diseñado por los mismos autores de la dominación, los mismos artífices de la manipulación del subconsciente y de la conciencia colectiva. Los pocos que tienen dos dedos de frente y que se dan cuenta de lo que ocurre, no tienen lugar para la queja, ni el cambio. Su forma de pensar los ha aislado de la sociedad tildándoles de locos, de revolucionarios y de rebeldes. Sus propios familiares, amigos y hermanos le han dado la espalda. Unos por descrédito, otros porque tienen miedo de quedarse fuera de la sociedad y otros porque saben del arte de la manipulación y de sus graves consecuencias.

La compasión, la ayuda, el apoyo incondicional y el amor no tienen lugar en el plan trazado por la clase dominante, por los astutos,

por los que son capaces de vender y venderse a cambio de mantener el control del mundo, de mantener esa riqueza, esa dominación y esa posesión. Para los poderosos... no hay lugar a la honradez, a la sensatez, a la igualdad, a lo justo. Esos valores no tienen cabida en la clase dominante porque entonces perderían el control del sistema y no tendría ningún sentido su estructura. Habría justicia y eso les perjudicaría, porque donde hay maldad no hay justicia colectiva, ni individual, no hay realidad. La realidad la crean los dominantes y posesivos, marionetas directas, del verdadero plan oculto.

Hoy seguimos en el escenario creado de la ley del más fuerte, del intocable, el intachable, el inalcanzable. El diseño creado en la tierra por sus propios habitantes y sus estamentos más elevados es un caldo de cultivo perfecto para el egoísmo, el odio, la discordia, el rencor, la maldad y la masacre colectiva de los hermanos, familiares, de los países y de la propia tierra. Un planeta ya agonizante de tanto cúmulo de atrocidades y conflictos, de tanto egoísmo y falta de amor, de tanta avaricia y querer abarcarlo todo.

Esta tierra sigue siendo un mundo perfecto para la división, la separación, la desigualdad y la crueldad. Está diseñada por los poderosos así.

Y todo está elaborado sutilmente de forma subconsciente, de forma subliminal, desde la manipulación mejor estudiada por los artífices de las guerras, las matanzas y la destrucción. Por los egoístas, los avariciosos y déspotas. Los que creen que pueden dominarlo todo incluso después de muertos, porque seguirán siendo un referente importante para muchos en la historia y seguirán siendo motivo de conflictos y de guerras para las personas que siguen viviendo con los mismos valores, unos valores que no avanzan con el paso del tiempo y que se han quedado estancados y se repiten cíclicamente, sin embargo.

Los dominantes y posesivos han asegurado la eternidad de su plan y nadie es consciente de ello, han asegurado su herencia. Una herencia ilegal, fundamentada en la mentira que nadie ve. Y los que creen poseer la verdad y luchar por ella, tampoco la ven realmente de forma directa y con certeza.

El poder es para los más fuertes porque el mundo está basado y creado para los más poderosos, se basa en la ley del estratega, del que más tiene, domina, posee y conoce y para quienes menos valoran al resto de los seres vivos. Se creen superiores y, por tanto, con todo el poder; para dominarlo todo, incluso a la propia vida y a su propia vida.

Ellos son los únicos capaces de sobrevivir porque no tienen miedo, ellos son los artífices del miedo y del pánico en la sociedad para que nadie actúe en el cambio. Para que nadie actúe desde el amor verdadero.

Los poderosos están preparados para cualquier situación, carecen de cualquier empatía, se han trabajado para no sentir por el mundo que les rodea. No quieren el amor porque para ellos es una debilidad, el mayor peligro para su sistema y, en su círculo, no se puede permitir ese sentimiento. Y si dicen amar a algo o a alguien no es verdad, es todo un engaño porque al final terminan exterminándolo. El amor no está basado en la aniquilación, están equivocándose de concepto porque eso, no es amor.

Para los que ostentan la dominación, todo cuanto hay sobre la tierra les pertenece y es para su propio beneficio. Las plantas y los animales están a su servicio y son de su propiedad, su existencia depende de ellos y, por tanto, también su vida y la de toda la sociedad.

Su mente de supremacía les hace desconfiar de su propia familia, amigos, conocidos, parejas y familiares, a ellos tampoco les

consideran dignos y fiables. Como traicionan y son traicioneros, creen que todos harán lo mismo con ellos.

A las mujeres las califican de débiles porque son más sensibles, compasivas, amorosas y protectoras, en demasía según ellos, de sus hijos, algo que no les gusta porque los hacen débiles y enfermos. Para su mundo de tiranía, la mujer solo sirve para otorgarles placer, obedecerles, servirles y está prohibido que participen en el resto de cuestionamientos y gestiones del hogar.

Las mujeres son el sexo débil y tienen que estar bajo sus órdenes y sometimiento y son de su dominio y posesión. Tienen que ser sumisas.

Para los dominantes y posesivos, el hombre es el único capaz de dominar la situación con la fuerza e inteligencia suficiente, como protector de la familia y educador y maestro de sus hijos. Todos les deben respeto y sus decisiones hay que acatarlas obligatoriamente y sin ninguna opción. No tienen ni voz ni voto, su opinión no cuenta para el cabeza de familia. De puertas para adentro claro, porque en sociedad, todos los trapos sucios del hogar deben quedar en secreto porque hay que mantener una imagen de familia unida y respetuosa.

Para llegar al poder en el ámbito que sea, no hay que tener escrúpulos, ni remordimientos y hay que estar dispuesto a cualquier cosa, incluso la muerte si es necesario. Así alcanzarás la gloria terrenal mientras estés vivo, y la no terrenal después de tu muerte, porque para ellos todo lo que existe es Dios y si todo lo dominan, también a él, y, por lo tanto, todo está perdonado, porque ellos son los mismos que otorgan el perdón y que dictan la vida y la muerte de todo el sistema.

—Estos son los propósitos y la táctica del diseño de mi vida. Soy un ser despiadado, incapaz de sentir amor y compasión, no siento ni padezco, no conozco la empatía, solo me importa mi gloria individual y personal, quiero ser el dios de la tierra y dominar a todos sus habitantes. Y lo voy a hacer como sé, como siento, pienso y quiero. El arte de la manipulación es mi arma más poderosa y ya cuento con la información necesaria para llevarla a cabo.

Una y otra vez escuchaba este mensaje en la cabeza y no era yo el que hablaba. Me aterrorizaba esa maldad tan concentrada. Mi cuerpo aún se estaba formando en el vientre de mi madre, y apenas podía oírla y escuchar sus latidos. Solo llegaba ese mensaje, repetido una y otra vez, como si alguien quisiera memorizarlo e interiorizarlo a fuego. Mis ojos no veían, no sabía quién hablaba y eso me horrorizaba. Lo peor de todo es que, fuese el momento que fuese, esas palabras no tenían ni principio ni fin donde me encontraba.

Mi existencia no era para eso. Eso lo tenía clarísimo. No sabía mi propósito, pero mi comienzo era desalentador.

Conforme crecía, más fuerte era esa ira, ese odio y ese desamor. Era agresiva, lo acaparaba todo y pesaba. Estaba sobre mi cabeza y me aprisionaba. Yo solo respiraba y esperaba. Únicamente, esperaba. Mis fuerzas iban dirigidas a vivir y me resistía a esa maldad tan densa que se ubicaba encima de mi cabeza. Me hacía daño, me quemaba.

Un día apareció ante mí. Estaba en todo mi espacio. Justo en frente. Ya no podía escucharlo, pero sí lo identi-

fiqué. Era mi hermano, estaba mirándome con la misma intensidad que yo a él. Compartíamos el mismo vientre materno, y nos alimentábamos y respirábamos del mismo aire a través de nuestra madre. Todo este tiempo ha estado sobre mi cabeza, de ahí que notara esa presión sobre mi espalda. Mi hermano... De repente, un terror me enmudeció, fui consciente de que esa persona era la originaria de esos crueles y despiadados pensamientos y él lo sabía. Sabía que yo, conocía su máspreciado secreto. Sin saberlo, había quedado al descubierto.

Aunque eso no era lo peor, mucho más duro fue darme cuenta de que esa persona, por la que circulaba la misma sangre de nuestros padres, estaría vinculada a mí toda mi vida. Era mi hermano. Nunca hubiera imaginado que tuviera que ser así. Con la ilusión que tenía de tener a alguien a mi lado para disfrutar de la existencia, de la experiencia de la vida. Y ahora tenía a una persona que pensaba en su destrucción. Yo lo amaba y quería, ¿pero él?, ¿qué sentirá por mí? ¿Qué plan tendría en su mente para destruirme y para que no lo delatase?

Fue un golpe duro, durísimo, pero había que aceptarlo, tendría que vivir con ello toda mi vida.

Nacimos en el año 1929 en Berlín, en un hospital militar, el más adelantado en investigación médica. Mi hermano fue el primero y poco después, nací yo. Solo recuerdo los latidos del corazón de mi madre y la calidez de sus brazos.

El día que pude ver con claridad su rostro y la de mi padre me emocioné. Sabía que eran ellos por el sonido de

su voz. Con ella me sentía en plenitud, era una persona muy sensible. Mi madre me amamantó de su pecho durante mucho tiempo.

Un día pude notar que me recostaba en una camita próxima a ella. Antes de caer profundamente dormido, abrí los ojos y contemplé la imagen de mi hermano. Estaba a mi lado, levanté mi manita y le agarré la mano. Su piel era muy suave y con su presencia me sentía acompañado. Me alegraba pensar que no me encontraba solo y que conmigo estaba una personita como yo. Aunque le incomodara que le tocara y tuviera afecto por él, no sé qué le ocurría.

Al tiempo que fuimos creciendo, nos empezábamos a identificar. Mi madre tenía la costumbre de vestirnos igual y de bañarnos juntos todas las noches. Recuerdo que un día se despistó y metí toda la cabeza en el fondo de la bañerita. Mi hermano empezó a darme con sus piernas y no podía levantarme, y empecé a llorar con todas mis fuerzas sin parar, a pesar de que el agua me inundaba. Fue cuestión de segundos, pero a mí se me hizo interminable.

Mi madre pudo socorrerme a tiempo antes de que mis fuerzas y mis pulmones flaquearan del todo. Mi pecho latía con mucha fuerza, lo único que quería era volver a respirar bien y salir de esa situación.

Desde entonces, el agua me daba ansiedad. Un día después del baño, mi madre nos cogió en brazos y nos puso delante de un espejo para peinarnos. Por primera vez pude ver mi rostro. No olvidaré ese día. Me causó

mucha impresión porque fue algo que no entendía. No paraba de observarme, intentaba identificarme y cuando me descubrí, me alegré. Y de repente, lo vi. Eso me impactó aún más.

Mi imagen era idéntica a la de mi hermano, éramos dos gotas de agua. Cerré los ojos y no quise seguir mirando, solo me puse a llorar sin parar. Mi mente no podía entender eso. Realmente no entendía nada. En mi interior había algo que no me gustaba, que me incomodaba, que me ponía en alerta. No encontraba explicación a ese sentimiento, no encontraba su origen.

Nosotros nos parecíamos tanto físicamente que incluso mis padres se confundían a veces al nombrarnos. Mi madre era católica y por ese motivo, a mi hermano nombró Pedro y a mí me llamó Pablo. Y se liaba mucho con nuestros nombres, casi siempre tenía que mencionar los dos para acertar.

Con la que más tiempo pasábamos era con ella. A mi padre solo lo veíamos al despertar, él era militar encomendado en Berlín para el control del suministro de alimento a las familias de los oficiales alemanes.

El país estaba sumido en una crisis económica muy fuerte que tambaleaba los pilares de la política. A nosotros nunca nos faltaba los alimentos, teníamos abastecimiento asegurado por el rango de mi padre.

Vivíamos en una residencia del Gobierno, de casas con la misma estructura, pero mucho mejor acondicionadas que las del resto del país. El recinto estaba protegido y contaba con una escuela, una pequeña capilla, una

tienda y un salón comunitario con comedor para todos los militares. En la parte superior de las viviendas, se encontraban las oficinas donde se reunían para planificar las órdenes recibidas de los superiores.

Nosotros hacíamos la vida en nuestro hogar; de eso se aseguraba nuestro padre. Yo observaba sus estrictas normas impuestas y la autoridad a la que nos sometía diariamente. Decía que su comportamiento era un ejemplo a seguir y que se debía acatar siempre.

Su temible temperamento hacía que mi madre lo obedeciera y nosotros también. Se posicionaba distante, huía de todo afecto, aunque todas las noches nos daba el beso de buenas noches y nos obligaba a orar antes de cualquier acto cotidiano. Era el único momento en el que se aproximaba a nosotros. Sus oraciones eran muy particulares porque no mostraban gratitud por lo que teníamos ni amor, yo solo las repetía, sin ningún sentido, sin ninguna intención y no las hacía mías. Realmente no me pertenecían.

A mi madre tampoco la trataba, a mi entender, como debía. La tenía todo el día acicalando el hogar, cocinando, planchando y bordando. No permitía que saliera a la calle sin su compañía y le limitaba la forma de vestir, peinarse o hablar. Incluso seleccionaba el ámbito social en el que debía relacionarse y cómo comportarse. No tenía libertad para nada, era un ser sometido a sus pies.

Mi corazón lo pasaba mal con esa situación porque en el fondo sentía una carencia afectiva en mi hogar muy importante. No había acercamiento, no había afecto, era

todo muy frío y distante. Todo mecanizado y demasiado oficial para mi corto entendimiento. Había demasiadas imposiciones, aunque no nos faltaba de nada. Lo material nunca faltaba. Mi padre cambiaba lo material por afecto. Algo que tampoco entiendo. Solo demostraba su amor con regalos. Y yo prefería que me demostraran de verdad que me querían, prefería la demostración de afecto, un acercamiento, una comunicación y respeto a través de una comprensión sincera.

Recuerdo el primer juguete que nos trajo mi padre a la casa, era de madera, con piezas de colores que encajaban unas sobre otras. Casi no pude jugar, porque mi hermano al verlas se puso de pie como pudo y, dando sus primeros pasos, se apoderó de ellas. Yo apenas pude moverme porque aún gateaba y tardé unos meses más que él, en verme vertical.

Esperaba a que se durmiera para poder disfrutar en soledad con ese juego. Sus colores me llamaban la atención y mi mente imaginaba historias para poder interactuar en solitario. Era entonces cuando, mi madre por curiosidad y contemplando mi rostro, se acercaba y jugaba conmigo. Ella era una persona muy dulce, pero en su mirada había melancolía y tristeza. Una tristeza profunda que solo un hijo puede sentir, sin poder darle ninguna explicación aparente. Le pasé la mano por su cara para consolarla y me sonrió. Ella me entendió y me miró con agradecimiento, aunque el distanciamiento casi no le dio tiempo a sentir esa sensación.

Mi hermano, al vernos, aceleró sus pasos y me tiró del pelo, con tan mala suerte que caí encima del juego

y me hice una brecha en la parte trasera de la cabeza. Nunca olvidaré su cara de satisfacción y ese sentimiento de envidia y de celos. Disfrutó haberme vencido con tal rapidez. Sabía que mi equilibrio era mi punto débil y se aprovechó de esa situación desfavorable, para vencerme y quitarme el juego.

Desde aquel incidente, mis padres decidieron aislar-me en una especie de parque donde no podía salir. Fue entonces, en medio de ese confinamiento cuando pude sentir el dolor agudo en mi corazón de la agresión de mi hermano y recordé entonces, esas palabras oscuras y negras.

Ese recuerdo, que olvidé por terror en mi mente, hizo acto de presencia y de nuevo quedé paralizado.

Esa voz que decía: «Soy un ser despiadado, incapaz de sentir amor y compasión, no siento ni padezco, no conozco la empatía, solo me importa mi gloria individual y personal, quiero ser el dios de la tierra y dominar a todos sus habitantes».

Es curioso cómo la mente con un suceso doloroso y traumático puede enlazar y recordar las cosas más profundas de tu pecho, de tus vivencias olvidadas. Y eso hizo mi cabeza, porque enseguida vino el recuerdo traumático de la bañera. Mi hermano no quiso ayudarme como yo creía, sus patadas tenían la intención de acabar con mi vida. Él era consciente de todos sus movimientos, su mente era tan despierta como la mía, y de alguna manera estábamos interconectados. Su forma de sentir hacía que fuera por mí, la programación de sus actos, como si

de una máquina se tratase, hacía que me tratara de esa forma tan maligna.

En ese momento, todo a mi alrededor se oscureció. Me percaté de lo que se avecinaba y tenía miedo, mucho miedo. El mismo que sentí en el vientre de mi madre. Y para terminar de rematar mis sentimientos, me acordé de su tristeza interior, esa que no podía explicar y, entonces, lo entendí. En lo más profundo de ella, sabía también lo que ocurría o a lo mejor, había incluso algo mucho peor, más doloroso, más oculto que se me escapaba.

No tenía capacidad para más emociones en mi pequeño cuerpo, eran tantos los sentimientos que sentía simultáneamente en mi corazón, que me superaban. En ese momento, lo único que pude hacer es llorar. Lloraba por mí, lloraba por mi madre, pero sobre todo lloraba por mi hermano a quien amaba desde lo más profundo de mi ser.

Tenía que hacer algo por mí y por ellos. Mi hermano tenía el cometido de dificultarme la existencia, sabía que conocía sus propósitos más profundos y eso hacía que sus intenciones fueran las más crueles hacia mi persona. Debía protegerme, debía estar alerta con cada movimiento suyo. No podía despistarme ni un segundo porque, al mínimo despiste, podría sucederme algo, a mí o al resto de mi familia.

Afortunadamente, la vida ha hecho que tenga facilidad para sentir las emociones, sensaciones y sentimientos de cada una de las personas. Para notar de antemano, sus malos sentimientos y la intencionalidad.